

N
N
N
F
F
F
C
C



063212

LA

EDUCACION DE LAS MUGERES,

Ó LA

QUIJOTITA Y SU PRIMA.

CAPITULO I.

Discurre el coronel sobre el estado religioso, y comienza á instruir á su hija acerca del matrimonio.

Don Rodrigo, que de todo procuraba sacar partido para la instruccion y aprovechamiento de Pudenciana, cuando estuvieron juntos en la mesa, dirigiéndose al padre D. Jaime, le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor cura, de la estraña historia de Carlota?

¿Qué me ha de parecer, respondió el prudente eclesiástico, sino que la mano del Señor ha andado entre todos sus actores, pues ha sido una grande felicidad que haya rematado de esta suerte! ¿Qué fuera de Carlota si hubiera profesado sin vocacion? Su vi-

da seria muy infeliz, y su muerte quién sabe como. Welster acaso hubiera prevaricado, creyendo que la religion católica sostiene estos abusos. Por otra parte, ya que Carlota por fin no profesó, Adelaida pudo haber muerto entre las propias manos de su padre, que ya la ahorcaba, no pudiendo el señor Labin favorecerla solo, porque yo como viejo débil, apenas hacia cosa de provecho; y por último, D. Tadeo pudo haber muerto en su demencia, en cuyo caso se hubiera condenado sin remedio. Nada de esto sucedió, y todas estas desventuras se escusaron por unos caminos poco comunes: conque vea usted si anduvo en esto la mano del Todopoderoso.

Así fué en efecto, dijo el coronel: yo de todo me alegro; pero mas de que hubiera muerto D. Tadeo como cristiano, y de que no hubiera profesado Carlotita. El estado religioso es el mas perfecto, ¿quién lo duda? pero no es siempre el mas seguro. La clausura perpetua, el voto de pobreza y de obediencia, son como la castidad, de consejo evangélico, no de precepto: por tanto la vida monástica no se debe abrazar sino con verdadera vocacion, conociendo muy bien lo que es, y á lo que obliga, y consultando nuestras fuerzas. El que no sufre sobre sus hombros el peso de dos arrobas, menos sufrirá el de seis: y si se las echa á cuestras con imprudencia, caerá en tierra sin poderse mover por mas que quiera.

Así es en lo espiritual. Si apenas puede Palmira cumplir los diez preceptos del Decálogo, ¿cómo se atreve á cargarse de otros cuatro mas, que son los votos?

Antes de tomar el hábito debia toda niña entender que no es lo mismo ser monja que religiosa. Para lo primero, basta con vestir el hábito, y cumplir, aunque sea á fuerza, con lo material de las reglas; para lo segundo, es necesario saber desprenderse del todo de su propia voluntad, renunciar de corazon y para siempre el mundo, y sus placeres, y no perder un instante sin aspirar á la verdadera perfeccion.

Esto es muy fácil decirlo; pero no es así para cumplirse. ¿Cuántas muchachas entran á los conventos, toman el hábito y profesan, llevadas de un fervor mundano, que ellas juzgaban vocacion? ¿cuántas ignoran qué cosa es, ni á qué obliga el voto de castidad? ¿cuántas lo hacen sin estar en edad, para saber cuál es su vicio opuesto? ¿cuántas se retiran á los monasterios porque el mundo las desecha, ó por no perder el dote ó lugar que se proporciona, ó tal vez por fines menos honestos, como por no sufrir los desprecios de algun hombre querido ó inconstante? ¿y cuántas, por último, profesan por carecer de la resolution necesaria para oponerse á la perversa voluntad de sus padres, como iba á suceder á Carlotita?

Todo esto es demasiado cierto, y no son pocos los

ejemplares que tenemos de monjas desesperadas con su estado, ni son menos los recursos hechos á Roma en solicitud de secularizarse. Ahora mismo viven en esta capital algunas que lo han conseguido, y todos las conocen.

El estado de religion, vuelvo á decir, es el mas perfecto, y por lo mismo el mas agradable á Dios; pero por razon de su mayor gravámen, no es el mas seguro para muchos. *Pruébese el hombre á sí mismo*, dice San Pablo, ecsamine cada uno su vocacion, su espíritu, sus inclinaciones, su fervor, el fin que lo lleva al claustro y las obligaciones respectivas que le impone el nuevo estado que pretende abrazar, y si despues de un ecsámen serio, detenido y consultado, hallare que le conviene, abrácelo en hora buena; pero si lo hace sin estas condiciones, abrirá despues los ojos, reconocerá sus pocas fuerzas, advertirá que no son bastantes para soportar el grave peso que se impuso, y cuando reflexione que no hay remedio para ecsimirse de él, entonces llorará su imprudencia, trabajará sin fruto, y se precipitará á la desesperacion, especialmente si es muger.

Para las que entran en los monasterios con verdadera vocacion, todo es suave, todo llevadero, todo fácil. La castidad es una virtud angelical, la obediencia un sacrificio humilde, y la clausura un asilo contra los peligros del mundo.

No así para aquellas que entran por alguno de los motivos que he indicado. Para estas la castidad forzada que guardan sin ser virgenes en cuanto al espíritu, es un martirio: la obediencia una esclavitud: la pobreza una miseria, y la clausura una prision insoportable. ¿Cuál será la vida de estas mugeres infelices? No es mucho que algunas se hallan desesperado con tal vida. El Dr. D. José Boneta en su librito titulado: *Gritos del infierno*, hablando sobre esto, refiere de una monja que estando para morir, preguntó al confesor: *Padre, si me muero ¿dejaré de ser monja?* Sí, hija, respondió el confesor; y la miserable al instante comenzó á acelerarse la muerte apretándose el cuello con las manos. ¿Cuál sería la vida de esta monja desesperada, dejándonos tan malas señales en su muerte!

Todos los estados necesitan tiempo y madurez para elegirlos y especial vocacion de Dios para abrazarlos; pero entre una casada y una monja que hayan errado vocacion, encuentro yo notable diferencia. La casada que no consultó bien su eleccion, y se halla ligada con un hombre que le da mala vida, tiene aun dos esperanzas que la consuelan: una es el divorcio que protegen las leyes y los cánones en ciertos casos, y otra es que muera el marido. En el primer caso, se subtrae de su dominio, se separa de su compañía y se libra de su tirano cruel; y en el se-

gundo se rompe el vínculo en lo absoluto, y queda libre para siempre.

La monja no es así: si no tiene un derecho muy claro para anular la profesion y dinero suficiente para dirigir á Roma su negocio, lo que no se facilita sino de tarde en tarde, bien puede creer que no tiene remedio si no es á costa de su vida, que es lo mismo que no tenerlo.

No por eso se crea que yo pretendo malquistar el estado religioso. Estoy muy lejos de tal estravagancia. A nadie, ni á mi propia hija, disuadiré en ningún tiempo de que sea monja. Sé que el Santo Concilio escomulga igualmente á los que violentan ó persuaden á las mugeres á ser monjas, como á los que *sin justa causa*, impidieren de algun modo el santo deseo que tengan de tomar el hábito, ó de hacer la profesion las vírgenes ú otras mugeres; pero por lo que toca á Pudenciana, la instruiré en lo que es cada estado, y cuáles son sus respectivos deberes: le diré que en la casa del Padre celestial hay muchas habitaciones: que son diversos los caminos por donde el Señor llama á sus siervos: que lo mas perfecto es lo mejor; pero no lo mas seguro para todos, y segun esto, el estado de castidad es el mejor en lo general; pero si prudentemente considera que no lo puede observar como se debe, mejor es que se case.

Este es el consejo del Apóstol: *Mas vale casarse que abrasarse.*

Aquí concluyó su discurso el coronel, y Pudenciana lo escuchó con bastante atencion, que era lo que su padre pretendia. El eclesiástico apoyó, como era regular, la solidez de sus razones, y despues de haber acabado de comer, nos levantamos de la mesa.

Pocos dias despues, estando Doña Matilde sentada en el estrado haciendo una labor con Pudenciana se levantó esta á buscar no sé qué cosa, y al volver dijo su madre: ¡Qué larga se va poniendo esta muchacha! El coronel tomó de estas palabras ocasion para dar una oportuna leccioncita á Pudenciana, diciéndole: En efecto, hija, ya estás bien grande. El tamaño de tu cuerpo señala tus años, y me avisa que debo ya darte las instrucciones correspondientes á tu edad.

Jamas me has hablado de mongío, ni yo ecsigiré de tí tal cosa. Has presenciado la historia de Carlota, y me oíste discurrir el otro dia acerca de la perfeccion que se requiere para profesar en la vida religiosa. Si esta no es de tu vocacion, no hayas miedo que yo te la persuada; pero si lo es, concurriré con mucho gusto al logro de tus santos deseos. Conque ¡qué dices? ¡quieres ser monja?—Hasta ahora, papá, la verdad no lo pienso, respondió Pudenciana; y prosiguió su padre: Pues eso es lo que me agrada, que

me hables la verdad. Pero supuesto que no quieres ser monja, tal vez te agrada el matrimonio, ¿no es así?... Vámos, no te pongas colorada: no hay para qué.

El matrimonio es un sacramento santificado por el mismo Jesucristo. En él se puede servir á Dios como en cualquier otro estado elegido con verdadera vocacion; y si la tuya es para el matrimonio, yo contribuiré al logro de tus deseos, pues pueden ser tan santos como los de entrar en la religion mas perfecta, si se reducen á servir á Dios en ese estado; mas para que seas buena casada, es preciso que sepas qué cosa es el matrimonio, y cómo te has de manejar para contraerlo: cuáles son las obligaciones que impone, y cómo las ha de desempeñar una muger cristiana.

Pero antes, hija mia, te voy á dar un consejo muy útil, de cuya abservancia depende toda tu felicidad. "Ahora que tu infancia ha pasado, no nos mires solamente como tus padres, sino como tus mas antiguos, tus mas fieles y mejores amigos á quienes ciertamente la vida es menos apreciable que tu bienestar, á quienes no les falta esperiencia ni los conocimientos necesarios para darte en cada ocasion los mejores consejos.

"Con este convencimiento, abre tu corazon á tu padre y á tu madre sin ninguna reserva: deposita en

nuestro seno todos tus pensamientos, tus sentimientos, tus deseos: nada nos ocultes ni aun tus faltas y flaquezas: bien persuadida de que nunca abusaremos de tu confianza filial, que nunca contestaremos á tu franqueza con amargura ni severidad, sino siempre con una ternura verdaderamente paternal, y que dirigiremos tus pasos con tanta bondad como celo [1]."

¿Has entendido, hija?—Sí, papá.—Creo que no me has entendido bien. Te lo diré mas claro. Ya tienes quince años ó cerca de ellos, posees algunas habilidades que te recomiendan, y si no tienes una hermosura peregrina, á lo menos tu cara no carece de gracia y atractivo. Debo tambien advertirte, que vas á entrar en un mundo nuevo que no conoces, y así es necesario que te ponga el farol en la mano para que no tropieces entre sus innumerables precipicios.

Ya no eres la misma que ahora tres años. Tu naturaleza te lo avisa. El movimiento de la naturaleza influye mucho en tu estado actual; y de las novedades que siente tu cuerpo se debe inferir qué es lo que sentirá tu espiritu.

[1] *El coronel acaso tomó estas palabras de la Eufemia del célebre alemán Campé, para persuadir á su hija con la autoridad de este juicioso escritor.*

En efecto, tú te adviertes agitada de unas nuevas inclinaciones, y estas se aumentarán á proporcion de lo que los hombres las fomenten. Sí, hija mia, los hombres, ya seduciendo tu virtud con artificios, ó ya alabando tu mérito con sencillez, procurarán inclinar tu voluntad á su favor. Por todas partes se verá asaltada tu inocencia, y combatido tu pudor sin advertirlo. Las calles, los zaguanes, los paseos, las casas y los mismos templos, serán para tí otros tantos lugares en que pueda peligrar tu honestidad con los repetidos asaltos que te dará el libertinage de un corrompido seductor. ¿Y qué deberemos hacer para asegurarte de esos asaltos? Fácil es la respuesta. Tu madre deberá cuidarte sin cesar, y aconsejarte con prudencia, y tú, seguir con mucha docilidad mis consejos.

El primero que te doy es el que ya escuchaste. Miranos, no solo como á tus padres, sino como ó tus mejores amigos, y los mas interesados en tu bien. En esta inteligencia, deposita en nuestros pechos tu confianza, ábrenos tu corazon, nada nos reserves, ni tus mas ocultos pensamientos, satisfecha de que te hemos de atender con dulzura, y te hemos de aconsejar con amistad.

Llegará tiempo en que las criadas, el aguador, tus amigas, tus parientas mismas serán los agentes del que solicite tus favores. ¡Infeliz de tí, si mas que

de nosotros te fiases de ellos! En tal caso tú pensarás que lisonjean tu gusto, y que son acreedores á tu reconocimiento, y engañada con este falso juicio, les descubrirás tus secretos, y pondrás en sus manos tu opinion, y entonces, adios honra, adios crédito, adios reputacion. De boca en boca, no quedará uno que ignore tus flaquezas, si (lo que Dios no quiera) tuvieres la desgracia de cometerlas.

Pero si reservándote de todo el mundo, te descubrieres únicamente con tus padres, entonces, ¡cuánta será la diferencia! ¡con qué amor no te enseñaré á conocer los artificios de los hombres! ¡cómo me valdré de mi esperiencia, dándote lecciones oportunas para que te burles de las asechanzas que te quiera poner un libertino seductor! ¡con qué cuidado te libentaré de los peligros! ¡con qué prolijidad te evitaré las ocasiones que á ellos te puedan inducir! Y si algun dia tú llegares á amar algun hombre de bien que te merezca, ¡con cuánto gusto me prestaré á realizar tus intenciones, si estas fueren unirte con él en el estado santo del matrimonio! ¡Dichosa tú, hija mia, si cooperares por tu parte á que se verifiquen mis deseos! Estos no son ni pueden ser otros sino los de tu verdadera felicidad. A ella he aspirado toda mi vida, y que seas feliz será mi único conato, hasta que la muerte cierre mis ojos para siempre.

Pudenciana abrazó á su padre, y le besó la mano enternecida, dándole las debidas gracias por sus paternales consejos, y prometiéndole seguirlos ciegamente, pues estaba convencida de que se encaminaban á su bien.

Entonces el coronel le dió su bendicion y la envió á la cocina, diciéndole que queria cenar aquella noche un bocadito de su mano. Pudenciana fué á hacerlo muy contenta, y luego que se retiró, prosiguió D. Rodrigo hablando con su esposa de este modo: ¿Ya oiste el consejo que acabó de dar á Pudenciana? pues tú necesitas de otros dos que no son de menos importancia.

El primero es, que le abras los ojos á tu hija.... No, no me mires, ni te asustes sin acabarme de oír. Las muchachas cuando entran en la pubertad no son lo mismo que en la niñez. Esto lo entiendes. Luego que llegan á esa edad entran en un mundo nuevo. Pasiones, inclinaciones, sensaciones, deseos, apetitos, ocasiones y peligros, todo es nuevo para ellas. Si al fermento de su sangre, si al trastorno de sus nuevas ideas, unidos á su poca esperiencia, se junta una suma ignorancia acerca de lo que puede pasarles en el mundo, están muy espuestas á perderse, ó lo que es lo mismo, á perder su virginidad con desventajas, porque mal guardará una alhaja el que no sabe lo que vale.

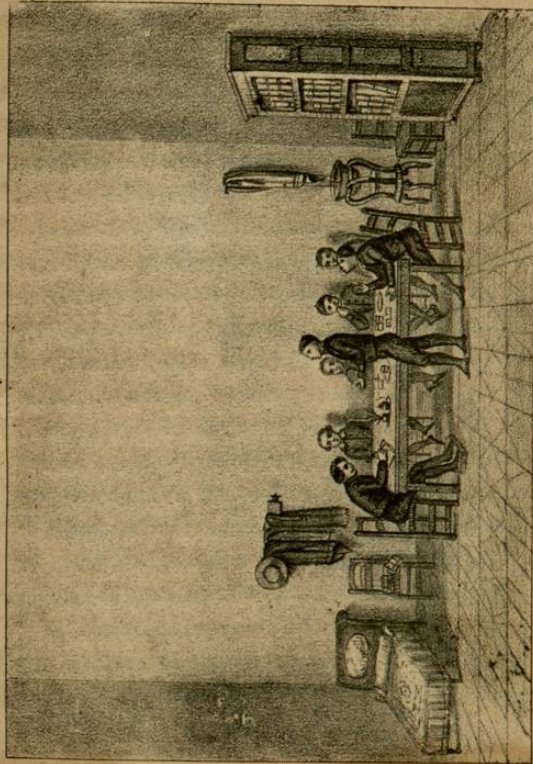
Por tanto es conveniente que le espliques con modo y con prudencia qué cosa es ser virgen ó doncella. Hazle ver qué gran virtud es en una niña el recato, como señal segura de su virginidad corporal. Dile en qué consiste esta virginidad, cómo se puede perder y cómo se conserva: adviértele que perdida una vez, no se restaura el honor sino mal, tarde y pocas veces: haz que se llene de temor cuando sepa que de su conservacion depende el honor de las mugeres en el estado de doncellas, y que cuando se pierde no se pierde sola, sino juntamente con la honra y la opinion: instrúyela en los artificios de que se valen los hombres para seducir á las incautas, siendo el mas trillado y el mas antiguo el proponerles un ventajoso casamiento: aconséjale que á nadie de estos crea ni corresponda sin darnos parte de cuanto le pasare: dile que los hombres que parecen mas rendidos y apasionados son los mas sagaces seductores, los clarines que publican la debilidad de la muger que encuentran fácil á sus antojos: enséñale que lo que los hombres de bien aprecian mas en una muger para casarse con ella, es el recato y su integridad corporal: declárale que los hombres de honor se conducen con mucha medida cuando solicitan una niña para esposa: dile que la que llega al tálamo sin su virginidad ignorándolo el marido, se espone á pasar una vida amarga é infeliz, pues á la

menor queja ó incomodidad que haya le estregará en la cara su anterior licenciosa conducta, avergonzándola á cada instante, desconfiando siempre de su fidelidad, y mirándola con una indiferencia que en breve llega á ser un aborrecimiento declarado: repítele una, dos y tres veces en qué consiste el mérito y honor de una niña doncella: espícale mas claro lo inestimable que es la presea de la virginidad, y cuánto le conviene conservarla: y por último, dile que para esto debe en primer lugar huir todas las ocasiones de familiarizarse sola con los hombres, sean de la clase ó condicion que fueren: é insiste en que nos descultra su pecho con la confianza mas sincera.

Esto es por lo que respecta á su bien moral: por lo que toca al fisico, permítele que cuando se ofrezca, oiga hablar de las pasiones y gravámenes que son consiguientes á su sexo: déjala que sepa cómo se debe conducir una muger en las diferentes épocas de su vida: de qué cosa se debe precaver, cuáles debe observar en obsequio de la conservacion de su salud y bien de sus hijos y familia: hazle ver que una muger enferma por su descuido y desarreglo, hace una mala madre para sus hijos, una esposa de bastante gravámen para el marido, y un eterno fastidio de su casa. Todo esto debes enseñar á tu hija en esta edad, y esto será abrirle los ojos con provecho.

La Guisqueta

Lam. 13



Es una ridicula preocupacion la de muchas madres que con pretexto de no abrirles los ojos á las niñas, las crian con tal encogimiento y con tal ignorancia, que ni saben qué es ser doncellas ni casa las, madres ni esposas. Esto no llamo yo recato, sino groserisima tontera. ¡Cuántas pobres muchachas han dejado de ser vírgenes sin saber lo que han perdido, ni las funestas resultas de esta pérdida! ¡cuántas se han hecho enfermas toda su vida por no saber manejar-se en los tiempos de sus enfermedades periódicas! ¡y cuántas se casan sin saber qué obligaciones contraen en tal estado!

Lejos de tí, hija mia, semejantes absurdas preocupaciones que apadrina la ignorancia con nombre de virtud y de recato. No, no consiste la virtud en ser estúpidos ni en ignorar lo que nos conviene saber; consiste en la sencillez del corazon y en la esacta observancia de los preceptos de la ley. El mismo Jesucristo nos dice: *Sed sencillos como las palomas, y avisados como las serpientes.* ¿Y cómo será una niña cauta en medio de la ceguedad? ¿ni cómo se guardará de los peligros en que fluctúa su espíritu, su honor y su salud, si no tiene mas luz que las tinieblas de una educacion supersticiosa é ignorante?

No basta que instruyas á tu hija de los peligros que la cercan, es necesario que le evites todas las ocasiones en que los pueda hallar. Al hidrópico es

menester quitarle el agua de delante, sin contentarse con decirle que le hace daño: esto ya él muy bien lo sabe. Y he aquí el segundo importante consejo que debes observar en la presente educacion de Pudenciana. Ningun cuidado, ninguna vigilancia ni precaucion está demas en su presente edad....

¿Pero no la cuido yo? dijo Matilde, qué ¿quieres que la traiga yo como llavero? Sí, señora, sí, decia el coronel, no debe apartarse de tus ojos un instante. En la calle, en la casa, en las visitas, en el templo, en todas partes ha de ser su custodia tu presencia. Si al ojo del amo engorda el caballo, al ojo de la madre se conserva la honestidad de la hija. Siempre las niñas han estado espuestas á una misma enfermedad, y siempre se les ha ordenado el mismo remedio de precaucion. S. Gerónimo que conocia bien el mundo, instruyendo á una señora llamada Leta en el modo con que debia criar á su hija Paula, le dice: *No la dejeis jamas ir á parte alguna, si no fuere en vuestra compañía; y ni á visitar las capillas de los mártires ni á las iglesias vaya sin su madre. No consientas tampoco que se ría y burle con ella ningun mancebo, ni de los que traen copete; y cuando hubieres de velar ó trasnochar para celebrar la fiesta de algun santo [1] hágalo nues-*

[1] En la primitiva Iglesia acostumbraban los fieles celebrar á los santos mártires en los templos, empleando en

tra doncellita de tal modo que no se aparte de su madre, ni aun por espacio de una pulgada. Hasta aquí el santo doctor á nuestro intento.

Su autoridad es muy recomendable; pero sin comparacion lo es mas la del Espiritu Santo, quien dice en las Sagradas letras: (1) *Si tienes hijos, enséñalos, corrígelos desde niños; si tienes hijas guárdales sus cuerpitos, esto es, su virtud, su virginidad. ¿Y cómo cumplirá con esta obligacion una madre abandonada que permite que la hija ya grande salga sola á la calle, ó cuando mas con una criada ó una amiga? ¿que se esté sola, si se ofrece, en el estrado, charlando y aun retozando con el caballerito cortejante? ¿que con pretesto de visita se aparte de su madre dos, tres ó mas dias? ¿que á titulo de pobre, salga á la tienda y á hacer otros mandados? ¿ó lo que es peor que todo, á pedir prestado á algun hombre un peso ó dos? Pues todo esto se ve, y no se quedan ocultas*

ellos toda la noche de las vísperas en cánticos y alabanzas. A este desvelo se llamaba vigilia; pero por los abusos y desórdenes que se cometian despues que se fué enfriando el primer fervor del cristianismo, está reducida en el dia al ayuno y abstinencia de carnes, exceptuándose solamente la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en la que se cantan maitines y se celebran misas á media noche.

(1) *Ecclesiast. cap. 7, 25 y 26.*

las resultas. Lo mas gracioso es que muchas madres de estas, despues que ellas mismas permiten á sus hijas cuanta libertad apetecen, se asustan y se escandalizan así que las muchachas traen á sus casas el fruto del abandono con que las tratan. Entonces son las lágrimas, los gritos, los regaños y los golpes; golpes que mas bien los merecen ellas que sus hijas, porque son la causa original de su ruina. Ello es cierto que si no hubiera tantas madres descuidadas, no hubiera tantas hijas prostituidas....

Aquí llegaba el coronel, cuando entró Pudenciana avisando que ya estaba la cena. El coronel mandó poner la mesa, y se fué á cenar con su familia.

CAPITULO II.

En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya, y el solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre QUIJOTITA.

Que cierto es que los hijos, por lo comun (1), son lo que los padres quieren que sean, ó como los hacen ser, ó con su educacion ó con su ejemplo!

(1) *No en lo general; porque hay padres muy buenos que hacen cuanto está de su parte para que sus hijos se lo-gren, y sin embargo, estos se pervierten por sí mismos; pero esto no es lo mas frecuente. Regularmente los hijos aprenden de las costumbres de sus padres, y corresponden á la educacion que se les da.*

Ya hemos visto la conducta del coronel y de Matilde para con su hija, y las sanas instrucciones que le daban, y tambien hemos observado el modo con que educaron á Pomposa sus padres. Nada estraño es que fueran ambas primas tan distintas en costumbres, como fué la doctrina que recibieron.

Pomposita todo el tiempo lo empleaba en componerse, en mirarse al espejo, en hacer ademanes ella sola, ensayarse á hacer dengues y favores con los ojos, ayudada del cristal en que se pintaba su carita, y en recibir lecciones de su madre.

Es verdad que esta era su menos nociva directora, pues no veia en ella ni oia cosa descaramente opuesta á la sana moral. Otras tenia de mas infame condicion. Tales eran sus buenas amiguitas.

Entre estas habia una llamada Rosamunda, muchacha pobre, alegre y lisonjera. Esta habia cautivado el corazon de Pomposita, de suerte que era la depositaria de sus secretos, y la plenipotenciaria de sus negocios. El lector querrá hacerse cargo de su carácter, y debemos en esto darle gusto.

Una tarde estando sola con Pomposita, sin advertir que yo la espiaba por el agujero de una mampara, platicando con ella le decia: En verdad niña que... no es por levantarte los cascos, pero no eres bonita sino linda. ¡Caramba! que tienes una cara como el sol. Es mucho que á la hora de esta

no tengas un sin fin de enamorados: yo no soy ni para descalzarte, y con todo eso tengo cuatro.

¿Cómo no? decía Pomposa, yo también tengo diez que me solicitan para casarse conmigo, y ninguno me gusta. Mira tú: uno es oficinista, tres son militares, y me han enamorado por sus grados, porque uno es teniente, otro capitán y otro teniente coronel; mas ¿qué me puede dar ninguno de ellos, si todos están á ración de hambre? Otro de mis enamorados es médico, muy bueno para ponerme á dieta: otro es abogado, que me dará muy lindos pareceres: tres son colegiales, de los que ya sabes que no llega su principal á una peseta: el último que es el mejor de todos, es comerciante, y no pasa de un trapero. Ya verás tú qué tales son mis novios.

¿Conque en resumidas cuentas, decía Rosamunda, ninguno de ellos te gusta? —No, ninguno, porque el mejor es el comerciante, y no pasa de un baratillero por mayor. Aunque me pueda dar lo que yo necesite, ¿quién sabe si tendrá para ponerme coche? y por fin, yo no me tengo en tan poco, que ya que me case, me contente con quedarme con mi nombre. No, yo he de mudar de nombre cuando me case, ó no me caso nunca. Pero, mi alma, ¿cómo has de mudar de nombre? Solo las monjas hacen eso, decía Rosamunda: esa mudanza que tú quieres hacer, me coge muy de nuevo. Pues entiéndelo, proseguía Pomposa: yo

aspiro á casarme con un título para que no me digan la señora Doña Pomposita, sino la marquesa de aquí ó de acullá. Mi sangre es ilustre, no soy pobre ni vieja; y así no pierdo la esperanza.

Ni la debes perder, decía la amiga; otras menos que tú han enmarquesado de la noche á la mañana: conque tú que eres como una plata de bonita y con tantas gracias, como saber bailar, tocar y cantar, ¿por qué no has de poder ser marquesa, ó cuando menos condesa ó baronesa?

No, eso de baronesa no me cuadra. Las baronías se quedan para los varones; pero los demás títulos para las señoritas de mi clase. Tampoco me cuadra casarme con un conde, porque entonces quitándome el *sa*, con *nada* quedo condenada; y así no, marquesa, marquesa en todo caso.

¿Qué discreta eres, mi alma! ¡qué aguda! decía la adulatora Rosamunda: mira qué bien y con qué gracia jugaste el equívoco de condesa y condenada. ¡Ya ya! si tú tienes mil gracias, cada día tienes mas de qué preciarte, pero volviendo á nuestro cuento, tú haces muy bien de pensar de ese modo. Y ¡cómo que sí! contestaba Pomposa, yo he de ser de título y pésele al que le pese. ¡Ay, niña! habrá gusto como oirse llamar de señoría, y no ese usted y ese doña fulanita por aquí, y doña fulanita por allí, que ya me tiene hasta los ojos? Marquesa he ser, ó me he de

quedar para vestir imágenes. Si yo quisiera casarme, ya ves tú que me sobran novios; pero ninguno de ellos es marqués, y así se quedarán *sinque* [1]; pero eso de que yo les dé mi palabra *¿cuándo amores?* [2]

Ello es cierto que á todos los entretengo, y les doy esperanzas; pero no mas por chonguear y pasar el rato, y no por que los quiera.

Haces muy bien, niña, decia Rosamunda, de entretenerte con esos babosos. Tú no tienes necesidad; pero si la tuvieras te diria que les arrancarás á todos cuanto pudieras, cosa que es muy fácil en sabiendo el modo. El asunto es decirle á cada uno de por sí, que es el preferido en nuestra estimacion, que es el único que queremos, y que no amaremos á otro, ni por todo el oro del mundo. Con esto se engañan todos á un tiempo, y se dejan desollar vivos.

Pero no apruebo yo el modo de algunas tontas pediguñenas que enfadan á los hombres, pidiéndoles luego luego, y por lo claro. Esto no es saber vivir. Lo que debe hacer una muchacha de mérito como tú, es escasear mucho sus favores á los amantes: irlos poco á poco apasionando, y cuando ya están borrachitos, entonces no se les pide nada por lo claro, sino que se les da á entender que uno necesita esto, ó que le cuadra lo otro. Apenas una muger se es-

[1] *Refrancillo muy vulgar.*

[2] *Idem.*

presa con ellos de este modo, cuando los muy bobones se endrogan, se despulsan y se sacrifican; pero traen lo que uno quiere; y entonces hace uno que agradece la cosa, pero que no la quiere recibir, porque eso seria un chasco, y ¡qué sé yo, y qué sé cuando! Ellos se apuran porque se les reciba lo que han traído: una se resiste, hasta que por fin se coge porque no digan que es desaire, y se dan muchisimas gracias.

De este modo se pelan vivos, y se quedan muy contentos los hombres, creyendo que una no es interesante, y que le hace mucho favor en pelarlos. Tal era el carácter de la directora de Pomposa, y de estas tenia varias. *¿Qué tal saldria ella?*

En efecto, era cierto que visitaban su casa algunos colegiales, y que le echaban sus polvillos, pero de colegial; quiero decir, la chuleaban y se entretenian con ella, dándole á entender que la adoraban, y la pobre creia sus mentiras como los articulos de la fé. Algo hubiera dado porque no hubiera pisado su casa un colegial, pues á esta familia debió el titular contra su gusto, como vamos á ver.

Siete de ellos visitaban á Doña Eufrosina y á Pomposita, que mas valia que la hubieran visitado los siete pecados capitales. Todos eran la piel de Barabás; pero el mas maldito era un payo alto, obeso, chato, cariredondo, de ojos alegres y saltones á

quien llamaban en el colegio Sanson Carrasco. Este fué el soberano que tituló á la pobre Pomposita con la mayor solemnidad.

Una noche que el diablo lo tentó para el efecto, convidó á su cuarto ó aposento á sus amigos y contertulios, y luego que entraron cerró la puerta con llave, los hizo sentar á la redonda de su mesa, y sin muchos cumplimientos les dijo: camaradas, he llamado á ustedes para que entre todos nos soplemos amigablemente un regalito que señor padre me ha enviado de mi tierra!

Diciendo esto, sacó de su baúl dos quesos, un par de cajetas y unos bizcochos, y de la ventana bajó una tinajita de agua y un vaso. Lo puso todo sobre la mesa, y en un instante le dieron vuelta al refresco.

Así que acabaron, sacó cada uno su paño de narices y se limpió el dulce de las manos y la boca. Iba uno á tomar el bandolon; pero lo embarazó nuestro payo, quien sentándose en el lugar preferente, les dijo con mucha seriedad: Señores, amigos y compañeros míos: despues que habemos refosilado las barrigas con estas pocas migajas que nos han hecho favor de regalarnos, bueno será que tratemos un negocio de gravísima importancia que días ha estoy para comunicaros, fiando el acierto de vuestra sapientísima resolución. Atendedme.

"Ya sabeis cómo por constitucion inmemorial de

los colegios, cada uno debe tener su sobrenombre. Yo cuando vine hallé esta costumbre establecida, recibí el mio con la mayor humildad, y despues acá he procurado cumplir con mis deberes, poniendo á todos sus nombres, segun mi corta capacidad. Tú, por mi cuenta te llamas *Séneca*, por sentencioso: tú, el *Aplastado* por chaparro: tú, el *Mambique* por tus desafortadas parices: tú, el *Discreto* porque eres de Querétaro: tú, el *Zorro* por astuto ó hipócrita: tú, la *Niña* por bonito y afeminado: á mí me llamaís *Sanson Carrasco*, por panzon, por grandote, ó por lo que os da la gana: de manera, que cada uno de nosotros los presentes, ausentes, pretéritos y por venir, tienen, han tenido y tendrán su sobrenombre *usque in saecula*, hasta el fin de las siglos, sin que ningun bicho viviente en el colegio se quede sin el suyo, *de capite ad calcem*, esto es, desde el rector hasta el portero."

"Reflexionando esto con la debida atencion y madurez, y considerando que nuestra jurisdiccion ó autoridad de poner nombres, no está limitada dentro de las paredes del colegio, sino que se puede estender *ad libitum*, á nuestro antojo, he acordado que sería muy bueno y muy loable, poner su nombre á una señorita á quien visitamos, y en cuya casa nos hacen agasajo. ¿Qué mejor prueba podemos darle de nuestra gratitud? ¿Ni de qué mejor modo le pagaremos los bizcochitos y el chocolate que nos da su

madre, sino titulando á su hija *more nostro*, segun nuestro modo y nuestra crianza?"

"En este caso, encajándole un título á cuestras á la hija de nuestra protectora, obraremos no solo con justicia, sino con habilidad magnífica."

"En esta inteligencia; habeis de saber, preclaro é ilustrísimo congreso, que la señora Doña Pomposa Langaruto y Contreras, que en paz descanse."
¿Pues qué ha muerto? dijo el Zorro muy espantado; y Sanson respondió siguiendo su discurso: "Ella no ha muerto; pero su nombre propio murió en ella, desde esta misma noche, y en virtud de hallarse sin nombre, os he convocado, sapientísimos y prudentísimos señores, para que determinéis cuál es el que se le debe poner."

"El caso es de los mas graves, y de los mas urgentes: conque resolved *hic et nunc*, ahora y sin separarnos de aqui, qué nombre se la deberá poner á esta señora."

Por mí que se le ponga la *Aventada*, dijo el *Alambique*, con alusion á su mucha vanidad. Aunque hay alusion, dijo el *Aplastado*, es nombre muy bajo y muy equivoco, pues quien no sepa por qué se le puso, creará que está enferma, y esto cede en contra de su honor, lo que por ningun caso nos es lícito. Mejor será llamarle la *Sacudida*. Ni por pienso, replicó el *Discreto*: porque ese nombre tiene la misma nulidad

que el que acabas de reprobar. Pueden pensar tal vez que se le puso por una coquetilla meneadora. Yo soy de opinion que se llame la *Vénus*, por hermosa. Aquí no se trata de lisonjearla sino de ridiculizar su carácter, dijo *Séneca*: mejor será llamarla *Circe*. Cier-to que es un nombre muy bonito y significa ser una hechicera por su beldad, dijo el *Zorro*: pero aunque en la substancia la ridiculiza, para los que no saben quién fué *Circe*, ni tienen mas noticia sino que fué hermosa, no sirve ni significa nada el nombrecillo. En tal caso, y ya que ustedes quieren acomodarle un nombre de la Mitología, mas bien le cuadra el de *Medusa*, pues todos saben que esta tenia serpientes enroscadas por cabellos, y esto alude tambien á los infinitos caracoles de Pomposa. Es verdad, replicó la *Niña*; pero ese nombre por ese motivo está mal puesto, pues aquí han dicho que se trata de ridiculizar su carácter, no su cuerpo ni su modo de vestir: y así si mi sentir valiera, yo le pondría la *Desdeñosa*. Eso no significa nada, dijo otra vez el *Aplastado*, porque nada particular especifica de ella. ¿Qué mucha-cha bonita hay que no sea desdeñosa? y así, ponerle ese nombre, es lo mismo que no ponerle ninguno, pues lo que á todos es comun, á nadie es particular; y pues que entre nuestras opiniones hay tanta discordia, diga V. S. su parecer, señor presidente.

"Nada extraño es, sapientísimo congreso, dijo *San-*

son Carrasco, que en los grandes asuntos haya tambien grandes dificultades, ni que se encuentren las opiniones entre sí. Yo, despues de admirar vuestro tino y vuestra ilustracion, ¿qué podré decir, que merezca vuestra aprobacion apetecible?"

"Sin embargo, pues me habeis honrado dias hace con el titulo de vuestro presidente, y en vista de vuestra indecision quereis que diga mi parecer, con el permiso de esta respetable asamblea, y protestando siempre sujetarlo al mejor voto, digo: que debiendo tener el nombre que se le ponga á Pomposita las cualidades de ridiculo, significativo, gracioso y conveniente, creo que no hay otro que mejor le cuadre, ni que reuna en sí todas esas circunstancias, que el de la *Quijotita*."

"Si hacemos un paralelo entre la demencia, modales y carácter del caballero de los leones y la de Doña Pomposa Langaruto, hallaremos, que salvando la debida proporcion, hay entre ambos alguna semejanza. Probémoslo."

"D. Quijote era un loco, y Doña Pomposa es otra loca. D. Quijote tenia lucidos intervalos, en los que se esplicaba bellamente, no tocándole sobre caballeria: Doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversacion; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura. El fantasma que perturbaba el juicio de D. Quijote, era creerse el mas

esforzado caballero, nacido para resucitar su órden andantesca; el que ocupa el cerebro de Doña Pomposa es juzgar que es la mas hermosa y la mas cabal dama del mundo, nacida para vengar su seco de los desprecios que sufre de los hombres, haciendo á estos confesar en campal batalla en el estrado, que la belleza es todo cuanto mérito necesita una muger para atraerse todas las adoraciones del universo. D. Quijote siempre esperaba llegar á ser emperador á costa de la fuerza de su brazo: Doña Pomposa siempre espera ser cosa grande; titulo de Castilla cuando menos, á favor del poder de su belleza. D. Quijote tenia su dama imaginaria, á quien juzgaba princesa: Doña Pomposa ya tendrá en la cabeza algun amante prevenido á quien hacer digno de sus favores, y este será un embajador ó un general. D. Quijote en los accesos de su locura á nadie temia: Doña Pomposa en los suyos á nadie teme, y se espone á los mas evidentes peligros con los hombres, creyendo salir siempre victoriosa de sus asaltos. D. Quijote acometió una manada de carneros como si fuesen caballeros armados: Doña Pomposa entra á las batallas amorosas que le presentan mil batalleros armados de malicia, con mas confianza que si lidiara con carneros, y tanto fia de las saetas de sus ojos, que temo vuelva chivo al que se descuidare. D. Quijote..... pero ya habré cansado vuestra atencion serenísimo con-

greso, con tanto quijotear. Si, en efecto: basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene *Conveniunt rebus nomina saepe suis.*"

"Ustedes, señores, como tan sabios y entendidos determinarán si se le debe acomodar." Dixi.

Celebraron todos el gran talento, juicio y madurez de su presidente el señor Carrasco, y *nemine discrepante resolvieron ponerle el nombre de QUIJOTITA, y se extendió el honorífico diploma.*

Ya todo está hecho, dijo el Zorro; pero no basta que nosotros sepamos que Pomposa se llama Quijotita, es menester que lo sepa ella; y que lo sepan todos cuantos puedan. Para esto es necesario decirselo no á secas, sino con un versito que le guste. Este maldito *Alambique* es medio poeta, y él nos sacará del cuidado.

Soy contento, dijo el *Alambique*: ¿y que se puede perder por servir á ustedes y á la bella Quijotita? A ver el tintero para acá.....

En menos de dos minutos escribió el poeta una decimita que á todos les gustó, y él dijo: Ya el verso está hecho, ahora ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿quién lo lleva, y cómo se le da? porque á tanto no me arriesgo yo.

No hay que apurarse, dijo Sanson: el Zorro nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos. Amen, amen, amen, contestó el humilde Zor-

rito; y quedaron de acuerdo en que lo llevarian el primer juéves: que irian todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquin, llevarian otros cuatro compañeros mas, con eso habia muchos de quien pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarian la culpa á los nuevos compañeros que llevaran, en caso de que la Quijotita ó su mamá les reconviniera. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar, y se fueron corriendo al refectorio.

CAPITULO III.

En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa y la gran cólera que hizo esta cuando supo que le habian puesto Quijotita.

AL dia siguiente fué Pomposa, alias la Quijotita, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordón de chaquira, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana: Mira papá, y qué bonito está el retrato de Pomposa. Si está, en efecto, y ya quisiera tu prima parecerse en todo al retrato.—¿Pues qué el retrato no se parece á mí? dijo Pomposa. El se parece á tí, le respondió su tío; pero tú no te pareces á él, porque